

P. FÉLIX RODRÍGUEZ HERRERAS, S.J.

Villafrechós (Valladolid) 21/10/1937 – Valladolid 02/06/2024

El día 10 de marzo el P. Félix, como solía hacer cada domingo, rezó laudes en la capilla, pasó por el comedor a desayunar y, cuando volvía a su cuarto, entró en la sala de comunidad para, de pie, ojear los titulares de la prensa dominical. Con el breviario debajo del brazo y el diario en la mano, repentinamente se sintió mal, se le cayeron el periódico y el libro de horas y a duras penas pudo dejarse desplomar sobre el sofá. Solo acertaba a decir, *¿qué me pasa, qué me pasa?*

Afortunadamente había otros compañeros en la sala, enseguida le sentamos en una silla de ruedas y sin demora lo plantamos en las urgencias del hospital cercano a nuestra comunidad. Inmediatamente activaron el protocolo para estos casos y en ambulancia fue llevado al hospital clínico. Allí trataron de revertir la situación y reparar los daños. Había sufrido un ictus cerebral. Aunque había sido asistido con rapidez persistieron las dificultades en el flujo sanguíneo, lo que le generaba desorientación, dificultades para comer, problemas de coordinación y estabilidad...

Después de unas semanas en el clínico, los médicos previeron una convalecencia larga y lenta, en el mejor de los casos, y lo derivaron al hospital Benito Menni de la ciudad. Allí tuvo una evolución que, en algunos momentos nos hacía concebir alguna esperanza, pero lo cierto es que su estado de salud se deterioró progresivamente, a medida que se iban añadiendo complicaciones diversas: insuficiencia renal, infecciones, inconsciencia y descontrol, dolores inespecíficos, debilidad... Se le pasó a cuidados paliativos. Fueron casi tres meses. Aunque era previsible, sin que pensáramos que el desenlace estaba tan próximo, en la noche del 1 al 2 de junio, domingo también, falleció. Han sido días muy duros para él. Durante todo este tiempo ha sido acompañado por miembros de la comunidad, por personal contratado y a destacar la fidelidad de su hermana Ester que, a pesar de su edad y sus obligaciones familiares, cada tarde, con enorme cariño, pasaba por el hospital a cuidar un rato largo de él.

Se le veló en Villagarcía, casa con la que nuestro compañero había tenido larga relación, y allí se tuvo el funeral, acompañado por sus familiares, por una representación de los feligreses de las parroquias cercanas a las que sirvió, por un número significativo de sacerdotes de la zona con los que él colaboró y, por supuesto, por los jesuitas de las comunidades de Valladolid y de la misma casa.

En el funeral, se decía: despedimos hoy a nuestro compañero Félix. Con este acto cerramos los largos 86 años de su vida, de los cuales 68 los ha vivido como jesuita. Al cerrar esta vida podemos hacer balance y plantearnos una pregunta bien atrevida, pero bien pertinente, para él y para cualquier fallecido: ¿esta vida ha sido una vida lograda o una vida fracasada? ¿Una vida cumplida, plena, o una vida frustrada?

Pues todo dependerá de quién juzgue y de qué criterios se usen para juzgarlo. Para enjuiciar la vida de Félix lo razonable es referirse a lo que él mismo pretendió, al proyecto que él mismo se dio. Él asumió desde muy joven, con 19 años, el ideal de san Ignacio; a esa edad donde se tiene la vida por delante y se hacen los grandes proyectos, Félix, desde el seminario menor de Comillas-Cantabria, ingresó jesuita.

Y dice san Ignacio, y Félix lo meditó muchas veces, que *el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios N. S. ... y mediante esto salvar el ánima*. Es decir, que hacer y vivir eso hace tener una vida lograda, plena, que traspasa los límites de este mundo. El ideal que él asumió es éste; Félix se propuso vivir este proyecto y parece lógico que a él hay que acudir, para ver si su vida ha sido lograda o se ha malogrado. Esa es la plantilla de valoración.

Lo primero alabar

Alabar remite al canto, al rezo, a la alegría del encuentro. Y Félix lo ha hecho con fidelidad, con su breviario siempre de la mano, dejado sobre cualquier radiador o en la capilla, pero siempre a mano. Para su oración, su rezo y su alabanza fiel y diaria.

Cuando venía de fuera, de decir la misa a las monjas, se sumaba siempre gustoso al rezo del ángelus con el que concluye la misa de comunidad porque era hombre de devoción y de alabanza a Dios.

Pero hay más. Era su vida la que alababa y remitía a Dios permanentemente. Él, su persona, era una referencia religiosa. Con gusto iba a celebrar la eucaristía dominical al interior de la Castilla vaciada, recorriendo kilómetros por carreteruchas, o preocupado por no faltar a la procesión de san Isidro o del Corpus de cualquier pueblo. Interesado en que a las religiosas no les faltara la eucaristía a la que se había comprometido o de complacer a los grupos de los neocatecumenales que le solían pedir vigiliass en un horario intempestivo. Había que estar, había que acompañar, había que honrar a Dios con la comunidad eclesial y Félix no faltaría.

Hacer reverencia

No es solo el respeto. Las genuflexiones, la piedad y el cuidado que Félix tenía de las cosas sagradas, eso era patente. Esa es una forma de hacer reverencia.

Pero reverencia es también dejar a Dios ser Dios y que sea Él el que gobierne nuestra vida, y Félix ha ido dejando que Dios dirija su vida, y por eso ha ido donde la obediencia le ha llamado: Comillas, Valladolid-Cristo Rey, INEA, Villagarcía, Valladolid-san José... Nuestro compañero Félix, con el hatillo de allá para acá. Porque Dios, por medio de la obediencia, se lo pedía, y él se dejaba gobernar.

Y no fue en él algo automático o irreflexivo, como que si fuera llevado y porque tocaba. No. Antes de ordenarse se tomó su tiempo, y quiso probar y pensar qué era lo que Dios le pedía, y al final se decidió, porque le pareció que esa era la obediencia, la reverencia, el acatamiento que debía rendir a Dios.

Antes de la enfermedad, era consciente de sus limitaciones, sus olvidos frecuentes y clamorosos, su pérdida de facultades, que asumía con humor. Se veía con limitaciones. Sabiendo lo que significaba para él esta renuncia, fue iniciativa suya no renovar el carnet de conducir. Con dolor, y también con serenidad y resignación, se plegaba a los condicionamientos de la edad y con mucha paz le oímos decir: *lo que Dios quiera, que sea lo que Dios quiera.*

Servir

Ha servido como un operario “multifunción”. Lo ha hecho con enorme responsabilidad, con celo, con abnegación en trabajos discretos, pero eficaces y valiosos. Como profesor, como secretario, como bibliotecario, como responsable de la casa de EE. de Villagarcía, como capellán de religiosas, como ayudante de párrocos rurales... Donde le han necesitado, lo que le han pedido, allí estaba Félix complaciente y discreto. Sin horario ni jornal. Disponible para una celebración imprevista o a deshora con este grupo o aquel. Nunca con una palabra más alta que otra, nunca con un mal gesto.

Por todo ello bien se puede decir que Félix ha vivido con verdad, con intensidad y discreción, este ideal ignaciano de alabar, hacer reverencia y servir. Y por eso, al despedirle, bien podemos decir que su vida ha sido una vida fecunda y lograda, como la que pretendió.

Y siempre, como se ha apuntado, desde un carácter apacible. Porque era de natural bueno y sereno. Lo que todos veíamos lo expresaba muy bien en el correo de pésame un compañero jesuita, que lo conocía bien porque había trabajado varios años con él, lo describía así:

Siempre fue: amable, colaborador, siempre con deseos de agradar, "salvando" siempre a los demás, intentando justificar a los demás, echándose sobre si la culpa para descargar de ella a otros.

Siempre le tuve por un buen hombre, una muy buena persona. Y creo que eso es lo mejor que se puede decir de cualquiera. Y por supuesto que también era un buen religioso.

Yo le estoy muy agradecido por todo lo que me ayudó en todo momento, pero sobre todo cuando llegué a Villagarcía, pues es casa compleja, y siempre encontré en él un fiel, eficaz y entregado, y muy leal colaborador.

... Lo cierto es que nunca pude enfadarme con Félix, porque todos sus "embarques", que me los generaba, siempre nacían de su bondad, que no buscaba beneficio propio, sino el de los demás. Y así es muy difícil -y sería injusto- enfadarse y culparle.

También estuvo muy cerca de su familia a la que no le han faltado enfermedades y preocupaciones, que él supo siempre acompañar. Una tarde a la semana no faltaba a la cita con su hermana de Tordesillas; con un alzhéimer ya muy avanzado poca interacción podía tener con ella, pero... era su hermana; había que apoyar a su cuñado.

Este género de obituario tiene siempre, por sí, un tono laudatorio. No es cuestión de canonizarle “súbito”. Como a todos, no le han faltado inseguridades, sombras y desajustes. Pero en él es fácil pasarlos por alto. También las preciosas rosas tienen espinas, pero su belleza es el conjunto, y así hay que tomarlas y mirarlas, y a las personas también.

El evangelio que se proclamó en su funeral fue ese de san Juan que dice: *vosotros sois mis amigos, yo os he elegido*. Y como primera lectura aquella bien conocida del apóstol Pablo: *Nada nos separará del amor de Dios*.

Sin duda que esas palabras de Dios, para un siervo bueno y fiel como Félix, siguen en pie; también más allá de la muerte siguen en vigor, continúan siendo válidas y verdaderas, seguro que goza con plenitud de esa elección y esa inseparable amistad con Jesús que vivió y predicó toda su vida. Se habrá hecho verdad...y *mediante esto salvar el ánima*.

Seguro que después de estos tres meses de tanta tribulación por la enfermedad, ya estará gozando de *esos cielos nuevos y esa tierra nueva donde ya no hay ni llanto ni dolor*. ¡Que descanse en la paz de su Señor!

José Ignacio Rodríguez Álvarez. sj.
08/06/2024